

**ERNESTO CARDENAL. Nicaragüense. Autor de una decisiva obra poética, compuesta, entre otros títulos, de Postales, Epigramas, Hora O, Gethsemany Ky., Oración por Marilyn Monroe y otros poemas, El Estrecho Dudoso, Salmos, Homenaje a los indios americanos, Canto Nacional al F.S.L.N., Oráculo sobre Managua, La santidad de la revolución; y del libro en prosa Vida en el Amor. En los dos volúmenes titulados El Evangelio en Solentiname recoge las reflexiones y comentarios que sobre los textos evangélicos vertía el pueblo en las misas de la comunidad de Solentiname. Ministro de Cultura desde el triunfo de la revolución en Nicaragua.**



**POEMAS: “LOS YARUROS” • “LUCES”**

**ERNESTO CARDENAL**

# los yaruros

Sin más posesiones que lo que cabe en una canoa  
andaban errantes en los ríos Capanaparo y Cinaruco,  
afluentes del Orinoco,  
recogiendo su alimentación diaria y pensando  
en la vida bienaventurada que les esperaba,  
después de ésta,  
en la dichosa Tierra de Kuma.

Dormían semienterrados en la arena; arena  
era su única protección contra los mosquitos y el frío.

A veces clavaban ramas en la arena  
y eso era lo más parecido a una casa que tenían.  
Se levantaban en gran silencio al despuntar la aurora  
y se quedaban sentados como en meditación,  
mirando hacia el oeste.

Más tarde cogían sus pobres utensilios de caza y pesca,  
y se iban unos a la selva y otros en canoas por el río.  
Volvían con pequeños cocodrilos o huevos de cocodrilo,  
tortugas o huevos de tortuga, miel, plantas alimenticias.

Después de esa comida, la única del día,  
ya no hacían nada. Pronto llegaba la noche  
y los yaruros se sentaban a esperar su llegada,  
vueltos hacia el oriente, de donde salían las estrellas y la luna.  
Se estaban contemplando las estrellas en la noche callada  
y el paso de los meteoros,

mensajeros de Kuma que atraviesan la noche.  
Los hombres se dedicaban a hablar del cielo  
mientras los niños jugaban en la arena.

Petrullo nos describe la emoción de esas noches:  
desnudos en la arena tibia contemplando las estrellas,  
oyendo la sinfonía del mundo, y cerca la risa de los niños jugando  
y el cuchicheo suave de las mujeres. Y entonces el shamán  
melodiosamente explicaba el sentido de la existencia  
y relataba los mitos, mientras se oía junto con los mitos  
el soplar del viento, el chillido de los pájaros nocturnos,  
el salto de ciertos peces en el río,  
el rugido del jaguar lejos, el aullido de los monos.  
Se callaba el shamán; la cara vuelta hacia el oriente  
como en una profunda contemplación.

Después comenzaría a cantar suavemente,  
poco a poco su canto haciéndose más animado  
y después comenzando a bailar . . . Lo acompañaban algunos  
en el canto y la danza, y después otros y otros más,  
la música cada vez más y más animada.

Las estrellas arriba iban pasando

también ellas como en una animada danza, también como con maracas. Y cuando ya las estrellas y la luna habían descendido en el oeste y el sol despuntada en el este, suspendían la danza, conversaban un poco, y se dormían.

Antes esos llanos tuvieron muchas otras tribus de las que casi no se sabe nada. Desaparecieron los tamanachi, los guamos, los achaguas, los otomacos.

Los llanos convertidos en fincas.

En el río Capanaparo sólo quedaban 150 yaruros y otros más en el Cinaruco. Eso era en 1934 cuando los visitó Petrullo. Y estaban a punto de extinguirse. Un pueblo perseguido, sabiendo que su extinción era inminente.

Se dan a sí mismos el nombre *Pumeh*, que literalmente es “gente” y lo usan como “pueblo”, en el sentido de “pueblo escogido”.

Sólo ellos son *Pumeh*. A los blancos dan el nombre español de *racionales*. Los racionales los habían explotado siempre y les quitaban sus mujeres. Un tiempo ellos eran muchos, le dijeron a Petrullo. Ya quedaban pocos. Pero Kuma, su Diosa que vive en el oeste esperaba que murieran todos para recibirlos en su Tierra. Pidieron al antropólogo una foto de Kuma o la Tierra de Kuma.

Un pueblo semidesnudo recorriendo los ríos en canoas, durmiendo en la arena, comiendo cocodrilo; sus campamentos sin casas, sólo unas ramas clavadas en la arena, unas cestas rotas, harapos, unas tinajas viejas: pero día y noche habitando un mundo lleno de misterio.

Una tarde en la arena contemplaban la puesta de sol, viendo el sol hundirse en el oeste, la Tierra de Kuma. Estuvieron en silencio hasta que no hubo luz. Cuando se apagaron los últimos rayos, el shamán explicó a Petrullo que ese era un saludo de Kuma a su pueblo, los yaruros. Después siguió en silencio, fumando, meditando

con la cara hacia el oriente. Al salir las primeras estrellas comenzó a cantar con voz suave y vacilante. Después dos niños lo acompañaron en el canto. Después también algunas mujeres. Cuando la Cruz del Sur estaba alta cogió unas maracas de calabaza y el canto fue más animado. Empezaron a danzar, las maracas ya más fuertes y la danza cada vez más movida; a medianoche ya era frenética, y ya todos danzando con el shamán: las mujeres en un círculo cada una con el brazo derecho en el hombro de su compañera y golpeando el suelo con el pie derecho, los hombres en otro círculo interior alrededor del poste, el cuerpo del shamán un solo temblor y el canto y la danza más y más violentos, las maracas resonando cada vez más con cada gran golpe que daban con el pie derecho. Al amanecer fue más recio el soplar del viento, el aullar de los monos fue más fuerte, y el canto de los yaruros fue con mayor pasión. La estrella de la mañana ya estaba alta. Alboreó en el oriente y sólo entonces se callaron.

Una noche de canto y danza había pasado.

Les interesaba mucho el cielo estrellado, cuenta Petrullo, y se estaban contemplándolo largamente, leyéndolo como un libro, observando los diferentes brillos de las estrellas y las figuras que forman.

Otra noche estuvieron contemplando las estrellas y el paso de los meteoros, mensajeros de Kuma, hablando y hablando de Kuma y las cosas del cielo. La Cruz del Sur se levantó, y se calmó el viento, y los monos ya no se oyeron más y los yaruros también se callaron, y quedaron inmóviles, igual que la quietud que los rodeaba. La luna salió después sobre los montes de la Guayana

y entonces el shamán comenzó el canto. Esa noche recibieron del cielo el mensaje de siempre: los yaruros estaban condenados a morir, pero pasarían a un mundo mejor, y les aguardaba una vida dichosa en compañía de Kuma. Allí tendrían casas y ganado, vestidos, tabaco. Y nacerían de nuevo jóvenes y fuertes y hermosos. Y este mundo se acabaría porque estaban matando a los yaruros. Terminaron otra vez sus danzas al salir el sol.

Era muy fácil hacerlos hablar de Kuma  
y el mundo al cual irían.

Ningún otro tema les interesaba tanto. Era difícil que hablaran de sus otras creencias, porque la vida para ellos en este mundo había prácticamente cesado. Como grupo su voluntad de vivir había terminado. Veían inútil tratar de mantener su cultura en contra de los racionales.

Sabían que estaban condenados a perecer y su único consuelo eran Kuma y la Tierra de Kuma. Seguían yendo a cazar el cocodrilo y la tortuga, la iguana y el zahino, a pescar el tonino y el manatí, y a recoger el changuango, y se consolaban con el canto y la danza, el contacto con Kuma, pero ya no tenían la voluntad de vivir.

Los meteoros son mensajeros.

Siempre están escuchando el viento que allí sopla fuerte, y descifrando todo lo que en el viento se oye: el aullar de los monos que un tiempo fueron hombres, el salto de los toninos en el río que también fueron hombres, o la voz de los cocodrilos que son hombres metamorfoseados.

La muerte no la temían sino era cosa que deseaban. Los muertos vivían en la Tierra de Kuma, un mundo feliz, idéntico al que había antes de la llegada de los blancos. Lo que querían es que todos los yaruros murieran pronto para estar pronto reunidos todos en la Tierra de Kuma.

Ninguna explicación tenían de la superioridad de los blancos  
a no ser por la maldad de los blancos.

Los yaruros habían sido el pueblo escogido de Kuma,  
creados los primeros antes que ninguna otra tribu;  
y por eso se les dio los llanos, donde es mayor el cielo,  
para qué día y noche pudieran estar en contacto con Kuma.  
El sol navega en una canoa de oriente a occidente  
y por la noche se va a la Tierra de Kuma.

Las plantas de los racionales, plátanos, maíz, tabaco,  
los yaruros las tuvieron primero,  
pero de ellas ahora sólo tienen la raíz.

La Tierra de Kuma es bella y vasta como los llanos venezolanos.  
En ella no hay árboles pero está llena de animales de caza.  
En esas sabanas hay una ciudad muy grande: la Ciudad de Kuma.  
Un pueblo de místicos, obsesionados por el cielo.  
Una noche en la arena, el shamán comenzó a hablar místicamente  
de la belleza del fuego en que se asaban las tortugas,  
del brillo de la arena bajo la luna,  
de los monos araguatos que aullaban lejos,  
de los pájaros que cantaban en lo oscuro  
y de los toninos que saltaban en el río,  
y de todo el universo.

La despedida del antropólogo fue triste.

Quedaban solos, dijeron  
sin nadie con quien hablar de cosas religiosas  
más que con ellos mismos.

—No salían a buscar los pequeños cocodrilos y las tortugas  
y era porque estaban tristes por su partida.

La canoa se alejó lentamente, dejando en la ancha arena  
unos pocos seres humanos, solos, en su mundo extraño.

El se fue seguro que muy pronto se extinguirían.

Todavía hay yaruros. Yo en Venezuela fui a buscarlos.

Los visité en la Semana Santa de 1977.

Ya no están en el Capanaparo ni en ningún otro río.  
Todos sus lugares de caza ahora son latifundios.  
Su campamento polvoriento: con conchas de tortuga, calabazas,  
junto a recipientes de plástico, viejos, rotos,  
y latas de supermercados, chopeadas, oxidadas,  
como sacadas de un basurero.

Una mujer nos pidió "ropa vieja".

Fuimos a buscar otro campamento, lejos, en esos llanos.  
Pasamos por un latifundio robado a los yaruros, donde  
de su avioneta particular estaban bajando  
unos jovencitos de Caracas con coca-colas y cervezas heladas.  
Esa tarde nos perdimos en el mar de los llanos venezolanos.  
Paramos junto a unos arbustos donde colgar hamacas.  
Sin agua para beber, sólo un poco para el jeep.

En algún sitio, en ese océano de lomas,  
habría otro campamento de "pueblo escogido".  
Oímos un tambor lejano . . . ¡Una fiesta de yaruros!  
Pero no fue tambor sino el radiador del jeep sobrecalentado.

De pronto el llano se llenó de estrellas.  
Una ciudad sobre el llano. Como Caracas nocturna  
pero más bella que Caracas ¡La Ciudad de Kuma!

Sin barracas. Y nosotros  
un bello cuerpo celeste entre todos los otros.

Vi que el cielo también es esta tierra.  
Todas las estrellas del cielo son la Tierra de Kuma  
pero esta tierra también es la Tierra de Kuma  
que anhelan los yaruros, el Pueblo Escogido.

Madre Kuma defiéndelos.

No toda religión es opresión  
instrumento de clases dominantes:  
cuando la religión no es propiedad privada sino bien común  
no es enajenante.

Pensé en los llanos sin latifundios de la Tierra de Kuma.  
El hecho de que la tierra forma parte de los cielos.  
(Somos el cielo para cualquier otro planeta



que nos está mirando en la noche estrellada)  
En la Vía Láctea no hay un cuerpo central,  
es una especie de república  
donde los movimientos de los miembros  
están regulados por las fuerzas gravitatorias combinadas  
de todos los miembros de la población estelar.

La república de los cielos.

(No es monarquía).

¡Y la conciencia en incontables puntos del universo!

Un universo común.

La seguridad de no estar solos en el cosmos.  
Mirando estrellas que están lejos en el pasado  
(los tiempos son distintos para cada estrella)  
y pensando:

Qué bella esta Tierra entre las estrellas.

Unas aves cantaban como maracas.

Y una voz lejana pero cercana (en el jeep): Radio Habana.

En las montañas de Nicaragua había muerto un jefe guerrillero,  
mi amigo Carlos Agüero, con un tiro en el corazón.

. . . Como maracas de yaruros. Y pasé horas  
contemplando las estrellas en el enorme cielo de los llanos  
desde mi hamaca

y los muchos meteoros que atraviesan la noche.

# lucés

Aquel vuelo clandestino de noche.  
Con peligro de ser derribados. La noche serena.  
El cielo lleno, llenísimo de estrellas. La Vía Láctea  
clarísima tras el grueso vidrio de la ventanilla,  
masa blancuzca y rutilante en la noche negra  
con sus millones de procesos de evoluciones y revoluciones.  
Ibamos sobre el mar para evitar la aviación somocista,  
pero cerca de la costa.  
El pequeño avión volando bajo, y volando lento.  
Primero las luces de Rivas, tomada y retomada por los sandinistas,  
ahora a medias en poder de los sandinistas.  
Después otras luces: Granada, en poder de la Guardia  
(sería atacada esa noche).  
Masaya, totalmente liberada. Tantos cayeron allí.  
Más allá un resplandor: Managua. Lugar de tantos combates.  
(El Bunker). Todavía el bastión de la Guardia.  
Diriamba, liberada. Jinotepe, con combates. Tanto heroísmo  
relumbra en esas luces. Montelimar —nos señala el piloto—:  
la hacienda del tirano junto al mar. Al lado, Puerto Somoza.  
La Vía Láctea arriba, y las luces de la revolución de Nicaragua.  
Me parece mirar más lejos, en el norte, la fogata de Sandino.  
("Aquella luz es Sandino").

Las estrellas sobre nosotros, y la pequeñez de esta tierra  
pero también la importancia de ella, de estas  
pequeñitas luces de los hombres. Pienso: todo es luz.  
El planeta viene del sol. Es luz hecha sólida.  
La electricidad de este avión es luz. El metal es luz. El calor  
de la vida viene del sol.

“Hágase la luz”.

También están las tinieblas.

Hay extraños reflejos —no sé de dónde vienen— en  
la superficie transparente de las ventanillas.

Una luminosidad roja: las luces de la cola del avión.

Y reflejos en el mar tranquilo: serán las estrellas.

Miro la lucecita de mi cigarrillo —también viene del sol,  
de una estrella.

Y la silueta de un barco grande. ¿El portaviión de los EE. UU.  
enviado a patrullar la costa del Pacífico?

Una gran luz a la derecha nos sobresalta. ¿Un jet contra nosotros?

No. La luna que sale, media luna, serenísima, iluminada por el sol.

El peligro de ir volando en una noche tan clara.

Y el radio de pronto. Palabras confusas llenando el pequeño avión.

¿La Guardia? El piloto dice: “Son los nuestros”.

Esas ondas son de nosotros.

Ya estamos cerca de León, el territorio liberado.

Una intensa luz rojo-anaranjada, como la brasa de un puro: Corinto:  
la potente iluminación de los muelles rielando en el mar.

Y ahora ya la playa de Poneloya, y el avión entrando a tierra,  
el cordón de espuma de la costa radiante bajo la luna.

El avión bajando. Un olor a insecticida.

Y me dice Sergio: “ ¡El olor de Nicaragua! ”.

Es el momento de mayor peligro, la aviación enemiga  
puede estar esperándonos sobre este aeropuerto.

Y ya las luces del aeropuerto.

Estamos en tierra. Salen de la oscuridad los compas verde-olivo  
a abrazarnos.

Sentimos sus cuerpos calientes, que también vienen del sol,  
que también son luz.

Es contra las tinieblas esta revolución.

Era la madrugada del 18 de julio. Y el comienzo  
de todo lo que estaba por venir.